

cinco se compone exteriormente de briznas, rastrojo, raíces, yerbas y musgo, y está relleno interiormente con hojas de árboles; la construcción es floja, pero las paredes gruesas, y la cavidad representa más de media esfera. La entrada suele ser estrecha, y cuando el nido no llena del todo el espacio que ocupa, aquella está provista de una cubierta, como el del reyezuelo. Si se halla situado en una pala de una rueda de molino, lo llena en parte y lo construye tan ingeniosamente en una que se abre hacia abajo, que a pesar de esto no puede caer, aunque le haya de dar el ave una longitud de 60 centímetros. La hembra pone de cuatro á seis huevos de 0^m,022 hasta 0^m,026 de largo, por 0^m,018 ó 0^m,019 de grueso; su cáscara es delgada, con poros muy visibles, y su color blanco brillante. La madre los cubre con tanto afán, que se la podría coger con la mano; no suele criar, sin embargo, más que dos hijuelos, rara vez tres, sin duda porque se echan á perder los huevos á causa de la continua humedad á que se hallan expuestos.

Cuando no se molesta á los padres cerca del nido, deponen sus recelos y cobran tanta confianza que el hombre no les causa temor alguno. Es digno de ver cuando atraviesan volando una cascada para llegar al nido. Añadiré á esta relación para completarla que el cinclo acuático construye también á veces su nido al descubierto sobre una piedra plana junto al arroyo, y que á pesar de esto no debe temer por su cria, gracias al color de los materiales que se confunde con el del sitio. Tschusi, que es el autor á quien debemos estos datos, refiere que cuando espantaba á los polluelos de uno de estos nidos, se arrojaban inmediatamente al agua, donde en seguida se sumergían para nadar por debajo de la superficie con mucha destreza hasta que encontraban en la orilla un agujero donde ocultarse. Tschusi cogió algunos de estos pequeños y los volvió á poner en el agua, y entonces se sumergían al instante, alargaban el cuello y avanzaban empujándose con las patas y remando con las alas medio abiertas con tanta rapidez que llegaban á su escondrijo á los cinco ó seis impulsos.

Estas aves deben temer á los carnívoros nocturnos que no vacilan en saltar al agua para coger una presa. Los pequeños son á menudo víctimas de los gatos; los viejos no se hallan tan expuestos, y rara vez sirven de pasto á una comadreja, á un vesó ó una nutria. Las rapaces no persiguen á los cinclos, porque estos se refugian en el agua apenas las ven. Algunos piscicultores, particularmente los que se ocupan en la cria de truchas, incluyen los cinclos en la lista de las aves que deben exterminarse, y en efecto abonan este modo de ver las observaciones de Girtanner; pero bien mirado se reducirá á muy poca cosa el perjuicio que estas aves causan á la piscicultura, y cuando Girtanner pregunta: «¿Deben exterminarse?» hay que contestar: «¡No! conviene protegerlas; primero porque el cinclo acuático no come peces sino durante un tiempo muy corto del año, y aun entonces los tiene que pescar, lo que no parece cosa muy fácil cuando ha de hacerlo en estado libre; y en el resto del año destruye una multitud de insectos acuáticos y terrestres.» Y aquí debo añadir que esta ave es un adorno de nuestras corrientes, adorno que conviene salvar de la mano destructora de nuestro tiempo. Por fortuna no son la caza y la pesca ejercicios á que puede dedicarse todo el mundo; aquella requiere en el caso de que me ocupo un tirador hábil, y por medio de armadillo solo pueden cogerse cinclos extendiendo debajo del puente por donde suelen pasar una red untada de liga. Otro método singular es el siguiente: «Un aficionado á pájaros, me escribió Homeyer, ha descubierto el medio de coger cinclos acuáticos, casi con seguridad. Observa al ave por la tarde, en el momento de penetrar en el agujero que le

sirve de albergue, y cuando cierra la noche comienza su carrera. Anda por el agua, deslizándose silenciosamente por la orilla, y llevando en la mano una linterna sorda; puesto delante del agujero que ha reconocido, le ilumina de pronto y deslumbra al ave, pudiendo entonces apoderarse de ella fácilmente. De este modo fué cogido el único cinclo acuático que yo ví en cautividad; más por desgracia, no pudo resignarse con su suerte. Siempre salvaje, retiróse al rincón más oscuro de su jaula, é inútilmente se trató de hacerle comer por fuerza huevos de hormiga y gusanos de harina, pues al cabo de seis días murió. Su fin recordó la fábula del canto del cisne; yo le tenía en la mano para hacerle comer; entonces su canto por última vez y cayó sin vida.»

Girtanner ha sido más feliz que Alejandro de Homeyer, pues ha podido criar cinclos pequeños sacados del nido, y lo que es más, ha acostumbrado á los viejos á comer en la cautividad. Cedióme algunas parejas que he cuidado algún tiempo, y puedo decir que pocas son las aves indígenas de nuestro país que me hayan dejado más satisfecho que estas.

LOS TROGLODÍTIDOS— TROGLODYTIDÆ

CARACTÉRES.—Al observar la configuración, modo de vivir y comportamiento de los troglodítidos, se ve desde luego la afinidad que tienen con los cíncidos; solo que estos son respecto del agua lo que aquellos respecto de la tierra.

Las noventa y tantas especies que se conocen de esta familia son aves cantoras pequeñas, fornidas, de pico corto ó mediano, endeble, en forma de lezna, comprimido lateralmente y con el dorso encorvado; la pata es medianamente alta, bastante endeble y de dedos cortos; el ala es además de corta, redondeada y ahuecada con la cuarta ó quinta rémige más larga que las otras; la cola es muy corta en forma de cuña ó cuando menos redondeada. El color fundamental es un pardo rojizo, y el dibujo consiste en líneas ó fajas trasversales.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los troglodítidos están diseminados por todo el globo, pero sobre todo por Europa, Asia y América.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Prefieren establecerse en comarcas donde abundan los matorrales, sobre todo cuando hay corrientes y buenos escondrijos. En las montañas suben hasta donde llega la región arbórea y hacia el norte se los halla todavía en la zona fría. En realidad no son descontentadizos, pues en todas partes saben encontrar un sitio á propósito, y por esto se los ve lo mismo en medio del bosque que en los huertos de las aldeas y ciudades, en las orillas de las corrientes como en las pendientes escarpadas de las montañas. Solo se alejan tenazmente del campo raso. Todas las especies son vivas, movedizas y por demás alegres. Son malos voladores, por cuya razón no cruzan nunca grandes distancias, pero saltan muy de prisa, y para atravesar breñas y jarales enmarañados, y penetrar en huecos, no hay pájaro entre los cantores que los aventaje. Algunas especies figuran en su patria entre las mejores cantoras, y una de ellas, el *caramillo* (*Cypselorhinus musicus*) pasa por ser la primera ave cantora de todos los países ecuatoriales de América. Allí comparan su canto con el sonido de unas campanillas de cristal perfectamente afinadas y formando acordes exactos, y aseguran que en ninguna parte es posible oír sonidos más delicados y suaves á la par que más armoniosos y vibrantes, y tanto que parecen celestiales más bien que terrestres. La índole nada esquiva de estas aves da mucho mayor realce á sus excelentes cualidades, pues en lu-

gar de huir del hombre, acuden sin temor á los sitios donde este vive, y penetran hasta en su morada; verdad es que este corresponde á tal confianza otorgando á algunas especies su decidida protección, como aquella de la América del sur para la cual los habitantes cuelgan hasta cacharros vacíos debajo de los tejados y que no tardan en ocupar estas aves, mostrándose tan agradecidas y mansas que, según Schomburgk, «hasta entran en la habitación por la ventana abierta, y posándose en el antepecho, recrean á los moradores con su canto agradable.» No todas las especies reciben iguales muestras de protección, pero siempre son bien vistas ó cuando menos no se las persigue. Bien puede decirse que estos amables seres tienen para el hombre un atractivo irresistible, pues no de otro modo se explican á mi modo de ver los muchos y graciosísimos cuentos con que la poesía de muchos pueblos ha amenizado la historia de su vida.

Siento que la falta de espacio no me permita hablar de esta numerosa familia como se merece, y tener que reducirme á la descripción de una sola especie.

EL TROGLODITA PEQUEÑO—TROGLODYTES PARVULUS

CARACTÉRES.—El troglodita pequeño (fig. 213), impropiaamente llamado por el vulgo *reyezuelo*, tiene 0^m,10 de largo y 0^m,16 de punta á punta de ala, la cola 0^m,035 y el ala plegada 0^m,045. En el macho el lomo es pardo rojo de orín ú orín gris, con rayas trasversales negruzcas; el vientre pardo rojo claro ó gris rojo, con líneas onduladas de un pardo oscuro. Del pico parte una línea parda que cruza el ojo, y otra más angosta, de color blanco rojizo, corre también por encima de aquel. Las cobijas medias del ala presentan en su extremo puntos redondos ó prolongados, blancos, limitados de negro por detrás; las rémiges son pardas tirando á gris oscuro en las barbas cubiertas y manchadas alternativamente de negro y rojizo en las barbas externas; las rectrices de un pardo rojo hacia los bordes, con listas trasversales onduladas de un pardo oscuro; el ojo es pardo, y el pico y las patas de un gris rojizo. La hembra tiene el color un poco más claro que el macho; en los pequeños el dorso no presenta tantas manchas; las del vientre son más numerosas, pero menos marcadas que en los adultos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Encuétrase el troglodita pequeño en todos los países de Europa, desde el norte de Rusia y de la Escandinavia, hasta el sur de España y de Grecia, y además en el centro y noroeste de Asia. En las islas de Feroé existe una especie distinta (*trogodytes borealis*), que difiere probablemente del nuestro por ser de mayores dimensiones; en la Alemania central parece que hay otra especie, caracterizada por su plumaje salpicado, y á la que dió mi padre el nombre de *trogodytes Naumanni*. Entre nosotros apenas hay comarca donde no se vea esta ave, y hasta es muy común en ciertos puntos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habita en los parajes más diversos; pero prefiere los valles cuyos flancos están cubiertos de espesura, y en cuyo fondo se desliza alguna pequeña corriente. Penetra hasta en los pueblos, en los jardines, en el interior de las ciudades; y se fija cerca de la morada del hombre, siempre que encuentre un espeso matorral, ó en su defecto un montón de ramas secas para albergarse.

El troglodita pequeño no suele posarse en los árboles altos; comúnmente corre por el suelo y avanza á saltitos; va registrando todos los agujeros, matas y rincones y volando de un matorral á otro. Hay momentos en que se posa en algún punto elevado, y parece que le gusta dejarse ver.

«Por su alegría y buen humor, dice Naumann, por la destreza y rapidez con que se desliza á través de las ramas, y por cierta osadía en sus movimientos, aventaja el troglodita á casi todas las demás aves de nuestro país. Su atrevimiento, sin embargo, es de una naturaleza particular: á la menor señal de peligro se desvanece, experimentando el ave un exagerado terror; pero no tarda en reponerse, y rara vez pierde su alegría. Se la ve siempre contenta y jugueteando como si todo le sobrara, y lo mismo se conduce hasta en medio del invierno, al menos mientras no ruge la tormenta y con tal que las nubes dejen pasar de cuando en cuando un rayo de sol. Los gorriones, las más fieles de nuestras aves sedentarias, se resenten del frío, erizan sus plumas y su tristeza indica lo que padecen; pero el troglodita conserva toda su alegría y canta como en la primavera.»

Todos sus movimientos son á cual más graciosos; salta por el suelo con el cuerpo tan agachado, que más bien se cree ver pasar un ratón que un pájaro; deslízase con sorprendente agilidad por aberturas y agujeros donde no podría penetrar ninguna otra ave; pasa continuamente de un seto ó de un matorral á otro, y los registra con sumo cuidado. En algunos momentos suspende su inspección, deteniéndose sobre un punto descubierto, y toma una postura altiva, con el pecho inclinado y la cola levantada verticalmente; si alguna cosa llama su atención, inclínase varias veces seguidas y levanta con fuerza la cola. Cuando se cree seguro utiliza todos los momentos de descanso para cantar, ó por lo menos para llamar: solo durante la muda parece más silencioso. Terminado su canto, vuelve á correr y á registrar todos los alrededores, y solo se decide á volar cuando no puede prescindir de hacerlo. Tan diestro y ligero es en todos sus demás movimientos como torpe y pesado para el vuelo: comúnmente sigue la línea recta, rasando el suelo y agitando precipitadamente las alas; cuando quiere franquear un gran espacio traza una línea ondulada; pero sin elevarse nunca demasiado: basta perseguirle por un campo descubierto para reconocer cuán difícil le es volar. Naumann asegura que un hombre puede cansar á esta ave á la carrera para cogerla luego con la mano, á menos de encontrar un refugio en un agujero de ratón. El troglodita enano conoce que no es diestro para volar; por eso, sin duda, no abandona la breña que le ofrece un asilo como no le sea preciso hacerlo; si se aleja, refúgiase en un agujero antes que buscar su salvación remontándose por los aires.

Su grito de llamada, que se oye á menudo, se puede expresar por *tserr* ó *tsers*, pronunciado en distintas entonaciones: á veces produce un sonido equivalente á *tsack, tsack*. Su canto es muy agradable: se compone de notas numerosas, variadas y claras, que forman hacia el medio de aquel un trino armonioso, que va bajando de tono hasta el fin. Con frecuencia se repite este último al terminar el canto: las notas son llenas y sonoras, y admira que pueda producir las un ave tan pequeña. En invierno produce su canto una impresión de las más agradables: con efecto, cuando la naturaleza se halla como muerta, reinando por do quiera el silencio, los árboles privados de su verde follaje, cubierta la tierra por un sudario de nieve y de hielo, y cuando todos los seres enmudecen mohinos, causa admiración ver al troglodita, el más pequeño de todos los pájaros, siempre vivaz y alegre, y entonando su canto como para decir: «ya volverá la primavera.»

Hé aquí los pensamientos que esta avecilla forzosamente suscita hasta en las almas más prosaicas y miserables, que no pueden comprender el lado poético de la naturaleza. ¡Qué pobre y triste es la persona que no siente ensancharse el corazón cuando oye el canto del troglodita en invierno!

El troglodita pequeño se alimenta de toda clase de insectos.

tos, de arañas y otras sabandijas; en el otoño come bayas de diversas especies; en verano se procura abundante alimento donde las demás aves apenas encuentran qué comer. En el invierno seguramente padece algunas veces hambre, y entonces caza insectos y sus huevos. Cuéntase que en Islandia penetra en las chimeneas y se come las carnes que se ponen á secar; esto lo dice Olafsen; pero me parece que el hecho necesita confirmarse, pues si bien es cierto que en esta estación penetra en las casas, mas bien es para comer moscas que carne fresca ó ahumada. Si descubre un agujero por donde pueda introducirse en una habitación, seguro es que penetrará en ella; tiene muy buena memoria para reconocer las localidades, de tal modo que siempre encuentra su camino.

La construcción del nido varía como el sitio notablemente según las localidades. Se han visto algunos en árboles eleva-

dos, otros en el suelo, en agujeros, en troncos huecos, en las grietas de un muro ó de una roca, en chozas de carbonero ó debajo de los tejados, en los matorrales, debajo de las raíces, en montones de leña, en galerías de mina; pero siempre en lugares perfectamente elegidos y ocultos, sobre todo en la primavera, cuando el ave anida por primera vez antes que los árboles ostenten todo su follaje. Algunos nidos se componen solo de musgo verde y otros de seco, pero tan estrechamente entrelazado, que no parece sino que el ave lo pega y aglutina. Estas construcciones son esféricas, y la abertura de entrada está hecha con mucha perfección; otras solo ofrecen un conjunto desordenado de hojas, forrado de una capa de plumas. Sucede también á veces que el troglodita se limita á componer y adaptar á sus necesidades un nido que encuentra ya hecho.

A pesar de todas estas variaciones, la construcción se ar-



Fig. 212.—EL CINCO ACUÁTICO

moniza siempre perfectamente con todo cuanto la rodea, hasta el punto de ser muy difícil distinguirla, no obstante su tamaño colosal en proporción al del ave. Algunas veces manifiesta una predilección particular por ciertas localidades: Trinthammer habla de un troglodita que viajaba con los carboneros, gente que saca pez y resina de los árboles por combustión lenta, en una sierra que habitaba; alojábase en su cabaña y construía en ella el nido, bien se hallase situada en el mismo paraje que el año anterior ó en otro lugar: los carboneros le conocían perfectamente y sabían que era su ave.

El troglodita pequeño construye á menudo mas nidos de los que necesita para sus puestas y que solo le sirven para dormir, pero suelen ser mas pequeños que los nidos de cría, no estando tampoco tapizados de plumas.

Benigk observó un troglodita pequeño desde abril hasta agosto, y refiere en pocas palabras las particularidades siguientes: El macho concluyó casi del todo cuatro nidos antes de encontrar una hembra: despues del celo, y á causa de la persecución que sufrió la pareja, hubo de construir tres nidos mas antes de poner; la hembra, cansada ya de tantos contratiempos, abandonó á su compañero, sin duda para ir á buscar otro. El primer macho no dejó por eso de continuar sus trabajos durante algunas semanas, y fabricó aun otros dos nidos que no le sirvieron.

Otras costumbres del troglodita me parecen estar en relación con esta manera de proceder: Ogilby ha visto que estas

aves van muy á menudo á pasar la noche á una de sus antiguas moradas, y no solo el macho ó la hembra, sino toda la familia: según Paessler, un campesino de Anhalt hizo una observación análoga.

Aquel hombre entró una tarde de invierno en su cuadra para coger un gorrion, en un nido de golondrina pegado contra la pared; pero sacó un puñado de avecillas, y vió, no sin sorpresa, que eran cinco trogloditas, los cuales se habían apoderado del nido para pasar la noche. A Schacht le pasó lo mismo.

En condiciones normales anida el troglodita pequeño dos veces al año, la primera en abril, la segunda en junio. Cada puesta consta de seis á ocho huevos, redondeados, de tamaño variable y color blanco ó blanco amarillento, sembrados de pequeños puntos rojo pardos ó rojo de sangre, dispuestos á menudo en corona al rededor de la punta gruesa. Macho y hembra cubren alternativamente por espacio de trece días; ambos alimentan á su progenie y la cuidan con ternura. Los hijuelos no abandonan el nido pronto, y aun despues de emprender su vuelo, pasan mucho tiempo sin separarse: es probable que vayan á pasar las noches al sitio donde nacieron.

Ignoramos si son muchos los peligros que amenazan á los trogloditas; y no sabemos tampoco cuáles son todos sus enemigos; pero deben figurar en gran número, pues de lo contrario abundarían mucho mas los representantes de la especie. Se cogen accidentalmente en redes ó con liga.